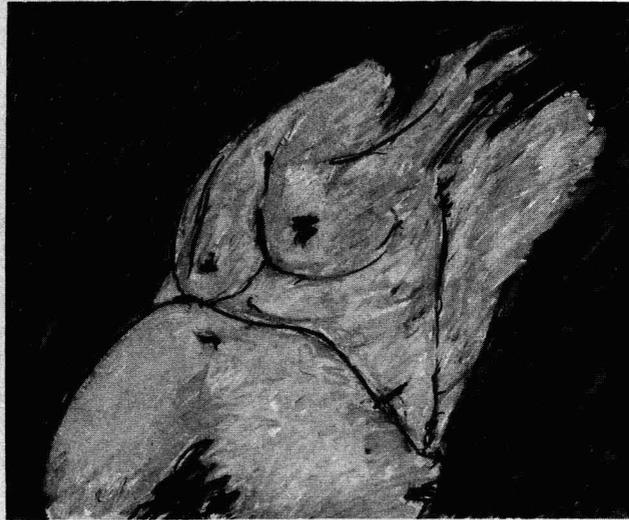


# Imágenes de Vanya



La imagen primera de Vanya para Jorge fue producto de una casualidad. Era un mediodía soleado y alegre. Las hojas de los fresnos en la orilla de la banqueta brillaban y daban una sensación de bienestar reflejada sobre ellas tal vez por los que se acogían a su sombra. Resultaba mejor ir a pie a ser uno de los que sufrían el calor en la hilera de automóviles. Al caminar se podía buscar el lado de la sombra. Al dar vuelta en una esquina cuando paseaba sin ningún propósito determinado después de tomarse un café, Jorge se encontró con un amigo acompañado por Vanya. Todos iban vestidos con discretas ropas de verano. El amigo, como es natural, le presentó a Vanya. Se veía muy guapa. Tenía el pelo corto rubio, ojos claros, nariz respingada y un cuerpo no alto pero sí bien formado. Jorge reparó en todo esto. A pesar de ser extranjera como lo demostraban tanto su aspecto general como el nombre y apellido dados por el amigo de Jorge al presentársela, el español de Vanya era perfecto, sólo el tono de su voz resultaba un tanto inexpresivo. Muy pronto el amigo procedió a despedirse de ella. Jorge la vio un instante más cuando dio la vuelta sin comentar nada, obedeciendo simplemente la sugestión —¿o la orden?— del amigo de Jorge. Era guapa, sin duda. Otra muchacha guapa. Había las suficientes. Ser guapa no era una excepción tan rara a esa edad, cerca de o recién pasados los treinta años. Podía considerarse como principal atractivo de Vanya el carácter exótico de su belleza. El amigo de Jorge no parecía dispuesto a hablar de ella. Le propuso a Jorge acompañarlo a un bar donde estaba citado con su ex esposa. Jorge pensó en Vanya como amante de su amigo, sintió una cierta admiración, una cierta envidia, después de todo la belleza

siempre era belleza y no le preguntó nada sobre Vanya al acompañarlo al bar donde estaba citado con su ex esposa. Ella se alegró al ver llegar a su ex esposo con Jorge. Los tres eran amigos desde mucho antes, la ex pareja sabía también del más o menos reciente divorcio de Jorge. Hasta en eso podían considerarse iguales. Jorge también estaba en buenos términos con su ex mujer y los cuatro tenían dos hijos por pareja, la única diferencia era que Jorge tenía dos hijos hombres y su amigo dos hijas. Bebieron, Jorge los invitó a comer y todo terminó cuando Jorge se despidió de su amigo y su ex mujer en medio de una cierta bruma alcohólica. No se habló de Vanya como había esperar y Jorge no volvió a pensar en ella. Debía ser la amante de su amigo o su pareja ocasional.

\* \* \*

Volvió a ver a Vanya sin su amigo en una reunión con poca gente en el departamento de otro amigo. La reunión resultó muy semejante a otras muchas del mismo tipo. Cada quien hablaba de temas generales de actualidad o del oficio de la mayor parte de los asistentes: la historia. La única novedad resultaba la presencia de Vanya. Ella había reconocido y saludado a Jorge apenas él entró. No bebía, casi no hablaba, examinaba a todos y Jorge la examinaba a ella. Con mucha frecuencia se llevaba cacahuates o pistaches a la boca. Era obvio su desconocimiento de la historia como tema de conversación. ¿Qué hacía entonces en casa de ese otro amigo de Jorge? Jorge, tanto como su amigo, sí bebía y abundantemente. En

un momento dado estaba sentado junto a Vanya. Ella seguía sin hablar. Sin duda era atractiva. Su nariz respingada, el pelo rubio. Llevaba una falda gris y una blusa sin mangas blanca. Se reía sin motivo. Su risa, en su tono y su manera resultaba tonta, sin embargo. Jorge intentó tomarle la mano. Vanya simplemente la apartó, pero siguió al lado de Jorge.

—Quítate la blusa —propuso Jorge cuando ya estaba lo suficientemente borracho.

¡Ay, Jorge, cómo te atreves a proponer cosas así, tan desusadas! —contestó Vanya y se apartó de él.

Jorge la siguió con la vista después de encogerse de hombros ante su respuesta. Bebió más, habló de historia sin tratar de cambiar el tono de la reunión y desde lejos siguió observando a Vanya mientras ella escuchaba todo con un supuesto interés y no comentaba nada. ¡Cuánto mejor y más útil para el tono de la reunión hubiese sido su aceptación de la proposición de Jorge, desusada y todo! Vanya hubiese ganado mucho en su admiración; él la hubiera abrazado de inmediato y ¿quién podía prever los acontecimientos de ahí en adelante? Pero la realidad no era semejante a la imaginación de Jorge. Eso hasta él lo admitía. No obstante, el mundo contemporáneo se iba acercando cada vez más a esa imaginación. ¿Debe inferirse por lo tanto una perversidad cada vez mayor en ese mundo? Perdido en sus pensamientos, Jorge hasta dejó de hablar de historia y guardó un silencio semejante al de Vanya, a pesar de no reírse sin motivo ni tomar cacahuates, pistaches o algo semejante, sino seguir bebiendo y observar a los asistentes de la reunión. Muchos iban con sus mujeres, otros estaban divorciados, había también solteros y mujeres solas. Una reunión heterogénea a pesar de la cercanía en las distintas profesiones y en medio de ella seguía provocando a Jorge la figura de Vanya. Era atractiva sin duda alguna; era tonta muy probablemente y ahí terminaban sus sagaces conclusiones, ni siquiera podía imaginársela sin blusa.

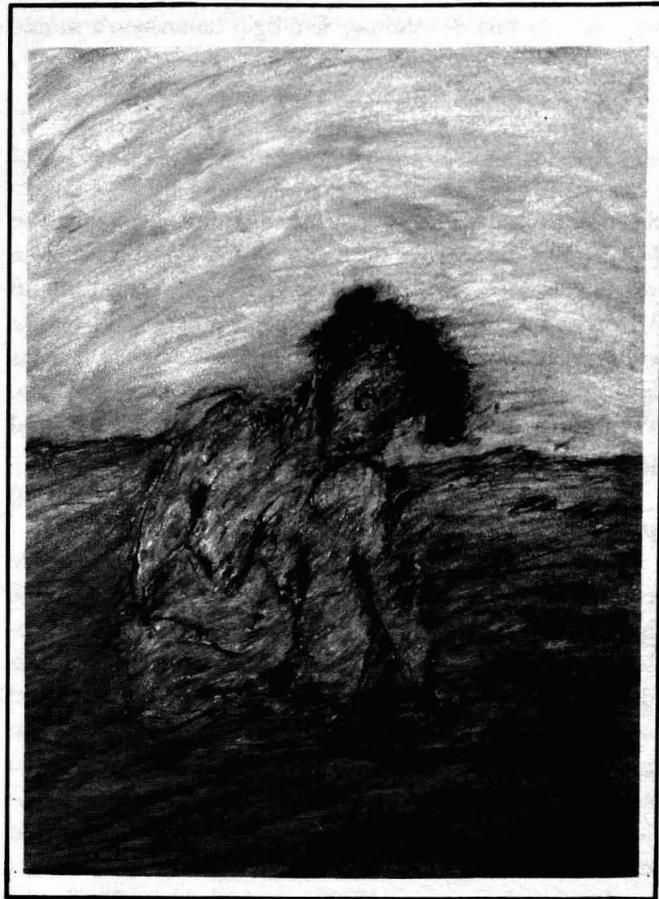
Poco después, Vanya se puso de pie para retirarse, saludó al dueño del departamento, saludó a algunos conocidos y por último dejó su mano en la de Jorge al despedirse de él. Apenas pudo Jorge interrogó a Alfonso, el dueño del departamento, sobre Vanya. Sabía muy poco sobre ella fuera de los datos más inmediatos. Vanya vivía cerca del departamento de Alfonso, era divorciada de un desconocido en Monterrey, tenía tres hijos, vivía con ellos, ignoraba el motivo concreto de su divorcio y de su traslado a la ciudad, se la había presentado Raúl —el amigo de Jorge también— y Alfonso suponía que Vanya era amante de Raúl, ignoraba el motivo de la ausencia de Raúl en la reunión, Vanya procedía de Los Angeles, Alfonso no sabía cómo había llegado a Los Angeles y posteriormente a Monterrey y a la ciudad después de su divorcio. Eso era todo. ¿Cuál era el interés de Jorge, por qué interrogaba tanto a Alfonso?

—No lo sé —respondió Jorge—. Ella es guapa. ¿No te parece?

—Guapa, tonta y la supongo disponible, dada la ausencia de Raúl; pero a mí no me interesa, tú sabes los motivos —comentó Alfonso.

Jorge no habló más del tema, ya sabía todo lo que Alfonso sabía y eso era suficiente. Tampoco le interesaba tanto Vanya.

\* \* \*



Volvió a verla en el departamento de Alfonso otra vez y otra vez sin Raúl y otra vez Vanya casi no hablaba, su risa era frecuente y siempre carente de motivo. Iba con un vestido a rayas verdes y blancas, sin mangas de nuevo, con un cuello muy amplio y botones a todo lo largo del frente, no llevaba medias y sus zapatos mostraban algunas de las uñas pintadas. Jorge no le propuso nada impropio; se sentó junto a ella y las respuestas de Vanya a sus intentos de conversación fueron siempre lugares comunes. La belleza de Vanya no estaba mal; pero ella exageraba en su tontería. A Jorge le interesaba tanto como esa belleza la sumisión mostrada por Vanya al presentársela Raúl. ¿Estaba dispuesto a ignorar su tontería? No pensó en eso al ofrecerse a acompañarla cuando Vanya inició el más breve acto de despedirse. Los asistentes a la reunión eran muy pocos. Vanya aceptó. Su vestido era a rayas verdes y blancas y el abrigo puesto sobre él al salir rojo. Jorge no se acercó a ella en el elevador, ni la tomó del brazo mientras la acompañaba a su casa hablando sólo lo indispensable. El pelo rubio de Vanya, su cara agradable y atractiva con los ojos claros, la nariz respingada. ¿Iba a invitarlo a subir a su departamento? Podía contarse con la hora temprana. Sin embargo, Jorge no lo esperaba e hizo bien porque Vanya lo despidió en la puerta de su edificio, después de caminar menos de dos cuerdas en ángulo recto bajo fresnos y jacarandas alternativamente, a la luz de los faroles entre sus ramas.

—Gracias, Jorge —dijo Vanya al tenderle la mano y se rio sin motivo.

Después ya había cerrado la puerta de su edificio y Jorge estaba solo en la calle. Consideró y descartó la posibilidad de

regresar a la casa de Alfonso. Se dirigió caminando a su modesto departamento de recién divorciado.

\* \* \*

Se encontró con Vanya la siguiente vez en una fiesta donde se bailaba. Ella iba otra vez sin Raúl. Jorge la sacó a bailar. Esta vez le preguntó por Raúl. Estaba en Nueva York, contestó Vanya sin fingir ninguna sorpresa ante la pregunta. La música era muy ruidosa y Jorge bailaba mal; además en estos tiempos no había ninguna posibilidad de acercarse a Vanya bailando. Por fortuna, ella no tenía tampoco ninguna capacidad especial para el baile. Se sentaron muy pronto.

-¡Qué calor! -comentó suspicazmente Vanya con su acento perfecto.

Jorge ya conocía su incapacidad para conversar a pesar de ese acento. Había otras muchas gentes en la fiesta. ¿Por qué insistía en estar con Vanya? La respuesta podía ser tan explicable como la calidad del español de Vanya. Ella a una pregunta de Jorge respondió haber sabido siempre español. No dijo el motivo ni Jorge se lo preguntó. A Jorge siempre le habían interesado gentes con el tipo y la figura de Vanya, aunque su ex mujer no tuviese ese tipo. Tal vez por eso fuese su ex mujer. El caso es que porque tenía una ex mujer compartía con ella el automóvil de la ex familia y lo tenía en esa ocasión. Esta vez Jorge no le propuso a Vanya quitarse la blusa. Ella llevaba un vestido azul pálido de seda, sin mangas como de costumbre. Se veía muy blanca y el vestido se cerraba hasta el cuello pero dejaba a la vista o seguía las líneas de su cuerpo. ¿Sería Vanya tan puta como tonta? Jorge se propuso saberlo inmediatamente proponiéndole ir a su departamento. Vanya era tan puta como tonta. Aceptó también de inmediato. Sin embargo, no dejó a Jorge besarla ni tocarla ni en el elevador, ni en el automóvil, ni en el departamento. Apenas estuvieron en él cuando Jorge ya consideraba la posición de Vanya cercana e inevitable, ella lo sorprendió diciéndole:

-Estoy arrepentida, Jorge. ¿Vamos mejor a tomar un café?

Jorge tuvo que aceptar la renuncia a lo que parecía tan inevitable y permitirle a Vanya suponer que también para él era lo mismo tomar un café que usar esa figura más deseable aún desde su inesperada proposición. Era muy tarde. Fueron a un restorán de esos que están abiertos siempre, de noche y de día. Jorge se encontró recordando mentalmente un bolero de su juventud: De noche y de día/ como melodía/ si aspiro un perfume/ si beso otras bocas/ si tengo tristeza/ si tengo alegría/ me acuerdo de ti. ¿Por qué recordaba de pronto esa canción? Ni siquiera estaba seguro de la exactitud de los versos. Estaba seguro de su autor: Gonzalo Curiel. Así procede la memoria: de una manera inesperada y gratuita, se dijo Jorge, con una originalidad digna de Vanya. Ella estaba sentada en el extremo del asiento, su bolsa y su abrigo rojo la separaban de Jorge. A pesar de ellos éste no hubiera intentado acercarse a Vanya. Ella no olía a ningún perfume; Jorge nunca había besado su boca. Seguía pensando en la canción de Gonzalo Curiel.

-¿Te parece absurda mi reacción? -dijo Vanya, ante la son-

risa provocada en Jorge por la constatación de seguir pensando en la canción de Gonzalo Curiel: De noche y de día.

*Night and day* era otra canción americana. Con toda seguridad Vanya sabría inglés, sabría ruso, era idiota y se había salido del departamento de Jorge. Más idiota había sido él al aceptar su proposición. Sin embargo respondió:

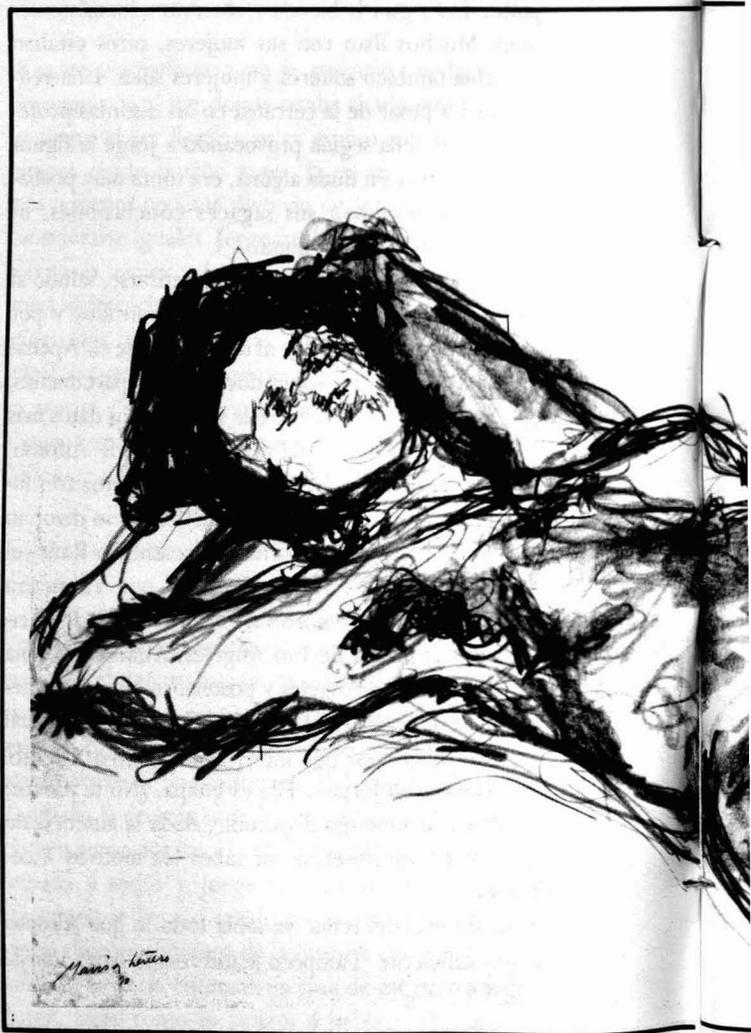
-Para nada. Simplemente te arrepentiste de estar ahí. Te comprendo muy bien -mintió.

Vanya sonrió inexplicablemente.

-Es una respuesta digna de ti -dijo, inesperadamente también.

En el restorán donde sólo tomaron café, Vanya dejó su abrigo y su bolsa en la silla de junto. Jorge no recordaba más tarde de qué hablaron, ni siquiera inconscientemente y de súbito como siempre se le venían a la memoria algunas canciones. Tal vez, porque su conversación no fue rimada. Sin embargo estaba seguro de no haber recibido ninguna confianza de Vanya. Nunca supo el nombre de su ex marido, nunca el nombre de sus padres, nunca el motivo por el que habían elegido Los Angeles para vivir, nunca cuándo se trasladó Vanya a Monterrey. Ella debería saber todo lo que quisiera de él por Alfonso, un chismoso casi profesional. Al salir del restorán y tomar el automóvil, después de haber avanzado muy poco, Vanya pidió:

-Llévame a tu departamento, Jorge.



La borrachera se le había bajado a Jorge, pero la proposición seguía siendo tentadora. No hablaron en el automóvil, Vanya no se acercó a Jorge, sólo se echó el abrigo sobre los hombros al bajarse. Seguía así cuando sin ningún intento de tocarla de Jorge entraron al departamento.

Fueron directamente a la única habitación. Jorge se echó sobre la cama mirando a Vanya con las manos bajo la cabeza. Ella de pie, sin acercarse mucho a la cama, dejó caer el abrigo al suelo. Jorge no hizo ningún movimiento. Vanya se desabrochó todos los botones de su vestido azul pálido y se lo quitó. Traía medio fondo blanco y su brasier era blanco también. Se quitó los zapatos sin inclinarse, desprendiéndolos de sus pies con la ayuda del pie contrario. Se quitó el medio fondo, el brasier y los calzones blancos también. Jorge sin moverse pudo verla desnuda con los brazos caídos a lo largo de su cuerpo.

—¿Te gusto, Jorge? —preguntó Vanya levantando un brazo y poniendo su mano en el hombro contrario, de manera que le tapaba una parte del pequeño pecho.

La blancura de todo su cuerpo como la de sus brazos y piernas era agradable, tenía pechos pequeños, los pezones muy rosados, la cintura estaba resaltada por las caderas de un modo sutil, su ombligo era pequeño y profundo, su estómago muy plano. La única particularidad se encontraba en el coño. Éste era rubio y Vanya lo hacía más corto rasurándose el final.

Jorge no contestó. Ella, avergonzada o fingiendo vergüenza se acercó a la cama, se sentó en la orilla y besó en la boca a Jorge.

Todo había empezado un sábado pero ya empezaba a verse la mañana del domingo por la ventana. Jorge no se había ocupado de cerrar la cortina. Era ya casi media mañana cuando Vanya mencionó su necesidad de irse y agregó:

—Quédate en la cama, yo me voy sola.

En esta ocasión a él le convenía ser sumiso. Obedeció la indicación de Vanya. Desde la cama podía admirar nuevamente el cuerpo desnudo. Siguió cada uno de sus movimientos mientras Vanya se vestía. La vio ponerse el abrigo y recoger su bolsa. Probablemente su tono quería ser dramático al decirle sin acercarse:

—Adiós Jorge. Espero volverte a ver. Nunca sé por qué hago las cosas. Ésta me gustó mucho.

—A mí también —dijo Jorge sin moverse.

Vanya se acercó antes de salir y lo besó en la boca.

—No hables más —dijo.

Cuando Jorge despertó vio automáticamente el reloj en su mesa de noche. Era más de mediodía. Vanya no usaba perfume, pero la cama y el cuerpo de Jorge conservaban su olor. El olor de su cuerpo, el olor de Vanya. Era agradable y era agradable recordar sus gestos y hasta su inexplicable risa. No era agradable su propósito de hacer menos altos los pelos de su coño rubio. Si volvía a verla Jorge debía decirselo.

\* \* \*

Fue al departamento de Vanya dos noches después. Al tocar el timbre contestó por el interfon una criada. Jorge preguntó si la señora podía recibirlo y dio su nombre. Poco después contestó la voz de Vanya.

—¡Qué sorpresa! Pasa, Jorge, pasa.

La voz sonaba tonta hasta por el interfon. El acento de Vanya podía ser impecable, tan impecable como su cuerpo, como su cara, como su sumisión, pero su tono no dejaba jamás de parecer fingido.

—Ya lo sabes, el departamento está en el cuarto piso —dijo esa voz casi al tiempo que sonaba la señal para abrir la puerta.

Cuatro pisos. Jorge no lo sabía a pesar de que el número del departamento empezaba con cuatro y debía habérselo señalado. La memoria inconsciente de Jorge podía recordar canciones; su memoria consciente no era capaz de deducciones tan obvias. En cambio tenía muy presente el recuerdo de la figura de Vanya en la cama y su adecuado silencio al hacer el amor. Esto, no el tono de la voz ni sus preguntas, ocupaba esa memoria mientras subía por el elevador. No trataba de imaginar cómo estaría vestida Vanya; la recordaba desnuda. Estaba vestida al abrirla la puerta del departamento y su sorpresa debió ser auténtica: Vanya tenía una visita masculina. Jorge no se preguntó si ya era amante de Vanya; resultaba evidente su actitud de aspirante a serlo y Vanya no sabía cómo evitar esos signos. Los celos no eran una de las características de Jorge; al contrario, se sentía atraído por el dedicado empeño de Vanya en usar sus atractivos. Así la había conocido. La visita era un actor de teatro: Óscar Losada. Él era alto, guapo y nada tonto como dedujo Jorge por su conversación



confirmándolo de este modo en la naturaleza de sus impulsos hacia Vanya. Sin embargo, Vanya parecía preferir a Jorge y muy obviamente trataba de subrayar la presencia del actor como una inoportuna coincidencia.

Vanya estaba tomando té con el actor. También le ofreció la misma bebida a Jorge. El departamento no era grande. Estaba bien amueblado y había una mesa para comer en la misma habitación ocupada por la sala. Jorge se preguntó dónde metería en ese departamento Vanya a sus tres hijos. Como la conversación se prolongaba Jorge decidió provocar la salida de los tres de la casa proponiendo ir a un restorán bar cercano. Vanya aceptó encantada y se perdió por un momento reapareciendo con su abrigo rojo y una bolsa desconocida hasta entonces por Jorge. El actor y Jorge interrumpieron su difícil conversación poniéndose simultáneamente de pie al entrar Vanya.

—Por fortuna, los niños están dormidos —dijo Vanya dirigiéndose exclusivamente a Jorge como si él los conociera.

Jorge, siempre suspicaz, comprendió su intención y la ayudó a ponerse el abrigo. Vanya, ignorando esta suspicacia, todavía aclaró para el actor antes de salir:

—Tu no lo sabes, pero tengo tres hijos.

Todo quedaba sobreentendido mediante esta frase para Jorge y ella lo sabía, aunque la suspicacia no fuese su fuerte. El actor tenía automóvil y fueron al restorán bar en él. Ahí bebieron gin and tonics en vez de té y como la conversación se prolongaba de nuevo también cenaron. Al salir la petición de Vanya no dejó lugar a dudas.

—Llévanos a casa de Jorge —le dijo al actor.

Como a la ida al restorán bar se sentaron los tres adelante, pero ahora el triunfo de Jorge era indiscutible. Vanya puso una de sus manos en la de él mientras se dirigían a la casa de éste, con el actor, como buen actor, disimulando su derrota. Vanya se convirtió en la amante de Jorge.

\* \* \*

Como Jorge se presentaba siempre muy tarde, Vanya le dio la llave del edificio y de su departamento. Jorge supo entonces cómo estaba repartido el departamento: los tres hijos dormían en las dos habitaciones y Vanya en el sofá de la sala. También supo la irregular eficacia de la llave del departamento; debido a su dificultad para entrar Vanya oía el ruido de la llave desde antes. Siempre oía al besar a Jorge a algún somnífero. Dormía en camisón, cuando lograba dormir estando sola en el sofá. En ese sofá se quedaba en camisón al recibir ella a Jorge.

—Llévame, Jorge, llévame a tu casa.

A veces Jorge traía automóvil, a veces no. Vanya se vestía antes de salir y en el elevador seguía besando a Jorge. En varias ocasiones estos besos se prolongaban en el taxi pues a pesar de vivir Jorge relativamente cerca del edificio el deseo de los dos no estaba para cubrir esa larga distancia a pie. El de Jorge se había iniciado desde su decisión de ir a buscar a Vanya después de haber estado bebiendo con alguno de sus amigos, con mucha frecuencia precisamente con Alfonso. El de Vanya tal vez era permanente pero se concretaba al escu-

char en medio del sopor al que deberían conducirla los somníferos, los esfuerzos de Jorge por abrir la puerta. Cuando iban en taxi Jorge empezaba a meterle mano a Vanya desde la calle, lo seguía haciendo en el taxi, besándola en los pechos muchas veces y Vanya trataba de no dejar ver nada al chofer cuya mirada casi no se apartaba del espejo retrovisor. Los dos fingían: Jorge al pretender ignorar las miradas del taxista; Vanya al pretender tener éxito en sus intentos de ocultamiento ante Jorge y ante el taxista. El propósito de los dos era el mismo en su disparidad: Jorge ponía a prueba la sumisión de Vanya; Vanya quería conservar a Jorge como amante. Los dos tenían éxito: si la sumisión de Vanya hubiese sido abiertamente clara Jorge se habría dado por satisfecho y hubiese cesado en sus intentos de comprobarla; manteniéndola, Vanya mantenía a Jorge como amante y hasta aumentaba su deseo en los momentos en que sólo era su amante y la tontería de Vanya quedaba olvidada en nombre de sus atractivos físicos. Pero ese camino podía no tener fin en tanto se conservaba secreto para los dos y aumentaba el deseo de ambos, sólo físico pensaba Jorge; físico y mental había decidido Vanya. Ya no se rasuraba el coño. Éste se mostraba para Jorge en todo su rubio esplendor. Eso lo supieron los dos y ninguno lo comentó.

Jorge seguía sin conocer a los hijos de Vanya. Así estaba bien. No obstante de ello Jorge se presentó un sábado por la tarde llevado por el deseo provocado por una abundante comida acompañada de numerosas bebidas y por su incapacidad de permanecer a solas en su casa. No encontró a los hijos de Vanya, encontró otro impedimento: Vanya tenía una tela extendida sobre la mesa del comedor y se estaba cortando un vestido con la ayuda de la señora Caso, a la cual Jorge conocía como amiga de Alfonso. Ver a Vanya dedicada a una ocupación tan inesperada con la ayuda de la señora Caso, sobre la que Jorge conocía sus cualidades de alcahueta y no las de costurera, aumentó el deseo de Jorge. Los caminos de éste son tan inesperados como los del pensamiento o tan perversos como sólo puede serlo la absoluta libertad del pensamiento, con la diferencia de que el pensamiento puede conservarse como tal y el deseo, para Jorge, debía ser llevado a la práctica, como si alguien decidiese comunicar en voz alta o escribiendo sus pensamientos. Jorge observó un momento a Vanya dedicada a sus tareas de "corte y confección". Ella llevaba un suéter sin mangas y con cuello de tortuga amarillo pálido y una ceñida falda azul. La señora Caso podía hacer las veces de la mirada de cualquier taxista observando a la pareja en el asiento posterior de su automóvil. Jorge se colocó detrás de Vanya, sus manos entraron bajo el suéter y le desabrocharon el brasier. Esas mismas manos procedieron luego a acariciarle los pechos. Los ojos de la señora Caso los observaban tan atentamente como cualquier taxista. Vanya se volvió para besar a Jorge en la boca y llevarlo tomado de la mano al cuarto que debería ser el de sus hijas.

Después salieron imperturbables. La señora Caso seguía ahí y Vanya prosiguió sus tareas de corte y confección. Jorge se retiró poco después dejándolas entregadas a su trabajo.

\* \* \*

Jorge volvió a usar las llaves del edificio de Vanya el siguiente sábado por la noche. Esa solución era perfecta: podía gozar de Vanya como amante y no tener casi ninguna conversación con ella. Sintiendo el cuerpo de Vanya pegado al suyo Jorge no se explicaba por qué olía tanto a somníferos cuando iba a buscarla. Después de quedarse satisfecha sexualmente y satisfacer con su sensualidad sin límites a Jorge, Vanya se dormía profundamente, tanto como para no saber ni siquiera dónde se hallaba al despertar a pesar de encontrar en seguida el cuerpo de Jorge. Éste dedujo la necesidad de Vanya de ese cuerpo, entre otras cosas, para reconocer su ausencia del sofá del cual debía levantarse para atender a sus hijos. Sin embargo, Vanya no parecía muy preocupada por ellos. Otro sábado Jorge los conoció al fin cuando se dirigían con Vanya a una tienda, le explicó ella, para comprar ropa. Eran tres niños guapos y acostumbrados, por lo visto, a la conducta de Vanya, preocupada tanto por asuntos ajenos a la maternidad. No se asombraron cuando Vanya les pidió comprarse la ropa solos y se fue con Jorge. Pasaron toda la mañana en el departamento de Jorge y antes de salir a comer juntos, pues Jorge se sintió obligado a invitar a Vanya, se bañaron. Al cambiar la regadera del agua caliente a la pura fría de acuerdo con las costumbres de Jorge, Vanya dio unos grititos de sorpresa sin intentar salirse y se cubrió los pechos con las manos.

—¡Ay Jorge, ay Jorge! —exclamó.



Salieron de la regadera.

—Ya verás como te sientes mucho mejor ahora —dijo Jorge. Después la secó lentamente con una gran toalla gris y la llevó desnuda a la cama.

El gesto de cubrirse los pechos con las manos debía ser el gesto instintivo de Vanya ante cualquier suceso inesperado cuando estaba desnuda. Lo repitió ese mismo mediodía cuando terminaron de hacer el amor.

—¡Ay Jorge, mira, mira, nos están viendo, nos están viendo! —dijo cubriéndose otra vez sólo los pechos al señalar poco antes al edificio frente al de Jorge.

Efectivamente las cortinas estaban abiertas y podía verse a dos hombres mirándolos con atención y riéndose.

—No te preocupes. Allá ellos —contestó Jorge descubriéndole en ese momento la similitud de su complacencia con el hecho de probar a Vanya exhibiéndola en los taxis.

—¿Tú quieres que nos vean? —preguntó Vanya apartando inmediatamente las manos de sus pechos.

También a eso estaba dispuesta Vanya a ceder. Jorge sintió una especie de complacencia al comprobarlo y sin cerrar la cortina procedió a poner a Vanya desnuda sobre él mientras se acostaban de nuevo. Ella aceptaba todo tan naturalmente... Jorge no cerró la cortina cuando terminaron de acostarse y Vanya se quedó en la cama ofreciéndose a la contemplación no sólo de Jorge.

En el restorán al que fueron estaban en otra mesa dos parejas conocidas por Jorge. Él no presentó a Vanya, pero advirtió la admiración tanto de las mujeres como de los hombres ante la belleza de ella. Si supieran, si hablaran con Vanya. Así estaba bien. Los conocidos de Jorge sólo los saludaron sin intentar acercarse a la mesa al salir. A Vanya ni siquiera se le ocurrió preguntarle a Jorge por qué no la había presentado. Ella, por lo que pudo comprobar muy pronto Jorge, estaba muy satisfecha con conocer las "raras" costumbres de su pareja.

La siguiente vez que estuvieron en el departamento hasta la mañana Vanya, cuya blusa era muy delgada, aceptó sin ningún comentario la proposición de no ponerse brasier. Y apenas estuvieron juntos de nuevo comentó:

¡Ay Jorge, me fui a pie hasta mi casa, muchos notaron que no llevaba brasier y me gustó pensar que lo hacía por ti y busqué sus miradas pero no hablé con nadie!

—Mmm —dijo Jorge y la desvistió como si sus palabras lo excitaban.

\* \* \*

Sin embargo, los propósitos de Vanya para sí misma eran otros y de acuerdo con su moral o su concepción del mundo todos los medios para conseguirlos eran legítimos. Es una idea antigua: el fin justifica los medios. Ella no tenía en cuenta sus cualidades de amante como un fin, sino como un medio. A esas cualidades deberían unirse sus conocimientos como ama de casa. Sabía cortar y hacerse sus vestidos, sabía tejer, sabía bordar, sabía cocinar, sabía administrar una casa, hasta sabía cómo educar a sus hijos de acuerdo con sus actividades en tanto mujer divorciada. La señora Caso se lo dijo a Jorge una

noche en casa de Alfonso riéndose encantada con su maldad y su despiadada apreciación de las cosas:

—Vanya está esperando tu proposición de matrimonio. Me preguntó si te gustaría tener en tu casa unos cojines con inscripciones y dibujos bordados por ella. Cuando le di mi opinión volvió a preguntarme tus gustos. Le contesté honestamente: beber bien, comer bien, hablar con tus amigos y de lo demás opiné que ella debería conocerlos mejor que yo.

Alfonso se rio tanto como Jorge. “¡Casarse con Vanya!” La señora Caso se rio también.

—¡Ustedes! O no les importan las mujeres o las consideran meros objetos. Son viciosos en cualquier forma —dijo.

—¿Y tú qué eres? —preguntó Alfonso.

—Yo estoy retirada y mis costumbres fueron mis costumbres. No tengo por qué contárselas —dijo la señora Caso. —Recuérdalo: soy viuda, tengo hijos mayores y mi único vicio debe ser su amistad.

—La cual te permite estar presente en todo —concluyó Alfonso.

En el tocadiscos sonaba *La traviata* de Verdi, por las ventanas podían verse los fresnos iluminados por los faroles, la conversación era debidamente intelectual, la señora Caso no bebía, esta abstención era suplida con creces por Alfonso y Jorge. Éste salió de la casa tarde, pero dejando ahí a la señora Caso, quien siempre se quedaba más tiempo para acompañar a Alfonso, cuyo terror a la soledad y la noche todos conocían.

Jorge caminó el corto camino bajo los fresnos primero y las jacarandas después. La anécdota sobre las aspiraciones matrimoniales de Vanya no le impidió usar las llaves del edificio y del departamento de ella. Estuvo más torpe aún con la llave del departamento. Vanya ya estaba de pie frente a la puerta y fue la que abrió. Estaba desnuda. Se vistió cuando supo la necesidad de tomar un taxi para llegar a la casa de Jorge. Se desvistió ayudada por Jorge, apenas estuvieron en el edificio y esa noche él probó otra vez a Vanya: se acostaron en el piso de mosaico antes de entrar al departamento.

—¡Ay Jorge, el piso está frío! —fue el único comentario de Vanya cuando Jorge la acostó sobre ese piso.

No obstante, Vanya prosiguió en sus esfuerzos por demostrar sus cualidades como ama de casa invitando a un selecto grupo a comer cada miércoles. El grupo estaba formado tanto por Jorge y Raúl como por Alfonso, la señora Caso y algunos invitados diferentes más. Vanya le enseñó a Jorge el caballo de bronce traído de regalo para ella desde Nueva York por Raúl. Éste no hizo ningún comentario, sólo le sonrió no a Vanya sino a Jorge. La comida siempre era excelente. Jorge no usaba sus llaves para entrar al edificio ni al departamento de Vanya. En cambio no podía resistir la tentación de entrar con inaudita confianza a la cocina para probar directamente de las ollas la comida, sin oposición ninguna por parte de Vanya ni de la criada. Los niños jamás estaban ahí; nadie preguntó nunca adónde los mandaba Vanya; todos bebían, comían, hablaban y se reían con abundancia. Los “miércoles” en casa de Vanya se hicieron famosos. A ellos fue varias veces un profesor de historia: Máximo Aguirre.

Alfonso le comentó una noche en su casa a Jorge:

—Don Máximo alabó la belleza de Vanya, su habilidad para

organizar y servir comidas y finalmente me preguntó si era amante tuya o de Raúl. Le dije que yo creía que de los dos. Hace bien, fue la respuesta de Don Máximo. No se decidió a preguntarme si ustedes lo sabían.

\* \* \*

Incapaz de ir a ningún lado público con Vanya sin aburrirse y avergonzarse mortalmente, sin verla más que a solas o en la casa de ella con más gente, Jorge terminó por cansarse. Las cualidades como amante y la sumisión de Vanya eran absolutas. Sus cualidades como ama de casa sólo le interesaban cuando invitaba a otros y él podía pasar a la cocina a probar la sabrosa comida antes que nadie se sirviera. Vanya iba a todas las exposiciones, al teatro, al ballet. Jorge nunca. Le pedía a Vanya hacerse vestidos cada vez más atrevidos y transparentes, le pedía no usar brasier en ninguno de los lugares a los que iba y quitarse siempre el abrigo apenas entraba. Ya sabía los comentarios posteriores de ella:

—¡Ay Jorge, todos me miraron!

Quizá lo malo de Jorge fue que además de mirarla cuando se la había presentado Raúl se acostó con ella. Su imaginación para inventar actos desusados y ser obedecido religiosamente sin ninguna protesta por Vanya era muy limitada. “¡Ay Jorge... Ay Jorge... Ay Jorge...!” Hasta las respuestas a sus esforzadas perversidades resultaban previsibles. Jorge conoció a una muchacha blanca de pelo largo, negro, de Sinaloa. Al cabo de muchos esfuerzos logró llevarla a su departamento una noche. Su carácter independiente era mucho más satisfactorio. Dio pruebas de su firmeza diciéndole a Jorge:

—Huele a haberte acostado con alguien.

Jorge tuvo que admitirlo. Había visto a Vanya esa tarde y desnudándola en su coche con ella tapándose con su abrigo, para el disgusto de Jorge, cada vez que pasaba junto a un autobús. La llevó a su departamento después de lo cual Vanya sin brasier se fue sola al ballet. Nada de esto se lo contó Jorge a la muchacha; sólo confesó haber llevado a una antigua amante a su departamento. La muchacha le prohibió volver a hacerlo y Jorge obedeció sumisamente. Acompañado por esa muchacha y sin decirle quién era Vanya, la vio en muchas fiestas, siempre con una nueva pareja. Por lo visto Vanya persistía en su propósito de casarse. Jorge volvió a verla a solas una tarde de sábado al salir del departamento de Alfonso. El último amante de Vanya, por lo visto, era fotógrafo.

—A ti sí puedo enseñarte, Jorge, las fotografías que me tomó, a ti sí —dijo Vanya.

Sacó de un sobre amarillo unas fotografías ampliadas de ella invariablemente desnuda. Jorge las repasó fingiendo atención. Vanya le regaló tres. Dos de frente en una de las cuales estaba acostada a todo lo largo de la cama, en la otra estaba medio incorporada contra la pared. En la primera sus brazos estaban bajo la cabeza; en la segunda los brazos estaban a lo largo de su cuerpo; en la tercera su cabeza y sus brazos extendidos usaban la cama, su cuerpo estaba en el piso. Vanya seguía sin rasurarse el coño. Sin ningún motivo preciso, Jorge guardó las fotografías en uno de los cajones de su cómoda. Conservaba pues unas últimas imágenes de Vanya. ◇